

INFORME

DEL -

ILMO. SR. D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE

LEÍDO EN LA SESIÓN DEL 17 DE ENERO DE 1899, SOBRE EL NÚMERO DEL *Journal des Economistes* CORRESPONDIENTE AL DÍA 15 DE DICIEMBRE DE 1898, EN QUE MR. FEDERICO PASSY PUBLICA DOS CARTAS ESCRITAS Á SEGUIDA DE LA TERRIBLE REPRESIÓN DE LA *Commune*, SIENDO AUTOR DE UNA DE ELLAS MR. ALEJANDRO DUMAS, HIJO..

En el número del *Journal des Economistes* correspondiente al 15 de Diciembre último, publica Mr. Federico Passy dos interesantes cartas, escritas á seguida de la terrible represión de la *Commune*. Es el autor de una de ellas Mr. Alejandro Dumas, hijo, y está fechada en Puys en 8 de Junio de 1871, encerrando recuerdos y lecciones tales, que sería preciso desesperar de la sociedad que las encontrase desprovistas de interés y de eficacia. He aquí algún párrafo de ellas que traduzco, esperando que la Academia hallará en su contenido algo que responda á preocupaciones patrióticas del momento.

El autor fué á Versalles—dice Mr. Passy—para ver, saber y prever, ya que ver es saber y saber es prever; y después de demostrar con citas de escritos suyos que los sucesos de los días anteriores no le habían sorprendido, expresa sus impresiones del modo siguiente:

«He ido, pues, á Versalles para ver. Versalles era el cuello de esta colosal retorta que se llama París, en la que her-

vía á la sazón la gran transformación de la sociedad francesa; la mayor, no lo olvidéis, la más radical y la más durable que cabe, si sabemos aprovecharla. Por Versailles se escapaba con estrépito el vapor producido por todos estos metales en fusión, de todos estos elementos que se tenían por incapaces de ser descompuestos y que se descompusieron merced á un grado de calor antes desconocido. Ya que no podía entrar en el horno, quiso analizar el humo. ¡Ay, amigo mío! en medio de muchas otras cosas, he visto en la ciudad resucitada del Rey-Sol, convertida interinamente en capital del mundo, á la necedad humana pasearse y pavonearse por las anchas avenidas, como nunca vio hacerlo la Majestad de Luis XIV. En esta Coblenza del derecho y de la legalidad, donde parece que el corazón del país debía latir al unísono en un solo pensamiento y una sola esperanza, he visto cómo todos los intereses, todos los cálculos, todas las ambiciones de los partidos luchaban unos contra otros, brutales, ciegos ó impacientes, disputándose la Francia como se disputan los perros un hueso á medio descarnar. En la superficie flotaba esta población indolente, incolora y oleaginosa, que sobrenada sobre las civilizaciones exuberantes, que va á donde la lleva la corriente y mancha todo lo que toca, incapaz de fijarse ni de reflejar cosa alguna, por muy azul que esté el cielo; y luego, una muchedumbre instintiva, ignorante, cobarde y cruel, precipitándose para ver pasar á los prisioneros, insultando á hombres y mujeres, que son culpables unos, inocentes otros, todos estúpidos y feroces, y delante de los cuales hubiera temblado á no ser por la doble fila de soldados . . . que protegían á éstos contra aquéllos y á aquéllos contra éstos.»

Alejandro Duinas, enfrente de estas torpezas y tristezas y algunas más, no desespera—dice Mr. F.Passy—, y aun ha-

blando de la República, del ideal de libertad, de justicia que se ha querido expresar bajo este nombre, repite lo que decía en el cadalso un girondino golpeándose la frente: «y sin embargo, algo había aquí.» Y añade:

«Lo que es cierto al presente es que hemos sido vencidos y vilipendiados por los invasores, y deshonrados por la rebelión: que el país ha perdido dos de sus mejores provincias, que el tercio más hermoso de París está arruinado, que la capital del mundo civilizado, en 1871, como en 1793, ha mostrado ser siempre materia dispuesta para el reinado del terror, y que nuestro pueblo tiene una cosa de común con los reyes: que la desgracia no le enseña nada. Desastres públicos, desgracias privadas, pérdidas irreparables de sangre, de inteligencias, de afectos, de esperanza, de felicidad, de trabajo, de fe; deuda exterior enorme, deuda interior insensata; humillación, desaliento; duda arriba, perturbación en medio, tinieblas abajo; dispersión de las familias, división de los partidos, desestima de los principios; y por todas partes, una doble corriente, una doble necesidad instintiva de represalias y de calma, de venganza y de reposo, de odio y de amor, de muerte y de fecundación; tal es, en pocas palabras, nuestra situación al presente.

«Francia ha muerto, dicen unos; Francia va á morir, dicen otros. ¿Qué hacer? dicen algunos. Y cada uno de los representantes de esta Francia que agoniza, según su pasión, su interés, su rencor, su simpatía, su conciencia, su ideal, tira por la derecha ó por la izquierda, grita, se impacienta, se irrita, empuja, retiene y se prepara á convertir en átomos los que todavía son pedazos. Nada más natural, más humano que semejante agitación general é individual después de tanta sacudida.

»Sin embargo, para quien como yo no anda mezclado en

la pelea, no resulta la situación tan desesperada como parece á primera vista, sino antes bien cree que el mayor de los bienes puede surgir, no sólo para nosotros, sino para el mundo entero, de la prueba á que estamos sometidos. Esta crisis, que toda persona no desprovista de espíritu de observación presencia conmigo, era á mi parecer (con abstracción de los padecimientos particulares inmerecidos, que deploro y lamento) tan necesaria como inevitable, y ha destruido lo que no podía ya subsistir.

»Desde hace cuarenta años ya, desde setenta quizás, desde veinte seguramente, vivimos tan sólo de ficciones, de palabras que carecen en absoluto de contenido; y pruébalo „que desde principios de siglo hemos discutido, atacado, derribado todas nuestras instituciones, por sólidas y populares que las hayamos declarado....» ¡Qué cuadro! dice Mr. F. Passy—y aquí bien se comprende la ansiedad con que el autor se pregunta en qué parará todo esto.—«Ha llegado el momento—sigue diciendo—de saber lo que queremos: ahora ó nunca.

»Lo crudo de la situación tiene la ventaja de autorizarnos para reconocer nuestros pasados errores, condenarlos y ponerlos sobre la picota, dando gracias á Dios por la lección recibida, si sabemos aprovecharla. Comprendiendo instintivamente que es preciso remontarse á las causas primeras de las sociedades, sin tener en cuenta los accidentes, unos quieren volver á 1848, otros á 1830, éstos á 1815, aquéllos á 1789. Y todo el mundo grita: ¿Quién será nuestro Salvador? ¡Hace falta un hombre! No le busquéis muy lejos; lo tenéis cerca; este hombre sois vos, soy yo, es cada uno de nosotros.

«¿Cómo serlo? Nada tan difícil si no se sabe querer; nada tan sencillo, si se quiere....

»Es preciso que el individuo, esto es, el jefe de sí mismo, surja de esta tormenta.

»El ser autónomo y consciente, que sabe de dónde viene, adonde va, lo que quiere y debe de hacer de su vida y de la vida del grupo que depende de él, con su ideal y *son absolti*, el individuo, en fin que no existe en Francia, ó cuando más es muy raro.

»No se trata de ergotear, de discutir, de filosofar, de analizar, de acomodarse á la opinión ajena . . . Se trata (porque la prueba es decisiva y á todos más ó menos nos alcanza en lo más hondo) se trata de desprenderse de nuestros hábitos, de nuestras costumbres, de nuestras debilidades, de nuestros convencionalismos; de remontar hasta las fuentes primitivas de la verdadera humanidad y de formular sencillamente, pero con resolución, estas preguntas:

»¿Es preciso, sí ó no, que haya un Dios, una moral, una sociedad, una familia, una solidaridad humana? ¿Debe el hombre *ravaiVer*, saber, progresar? ¿Debe de ser la mujer respetada, aliada y asociada del hombre? ¿Es la verdad el fin? ¿Es la justicia el medio? ¿Es el bien absoluto?

»Sí, sí y mil veces sí.

»Entonces preciso es que así sea . . . Que cada uno de nosotros, ó para no exagerar, que uno de cada dos, de cada tres, se resuelva á que eso que debe ser sea, y entonces, al cabo de diez años . . . seréis el primer pueblo del universo. Y hecho esto . . . vuestro gobierno será lo que vosotros seáis. Cuando una nación es fuerte, cuando sabe bien lo que quiere, todos sus gobiernos son buenos: no oprimen nunca; son su expresión siempre.

»Sí, lo que os pido es un *consensus* de diez años, para comenzar; después todo marchará de suyo.

»Es preciso que Francia haga durante diez años un es -

fuerzo unánime, aune todas las voluntades, todas las energías, y no tenga más que un pensamiento único, incesantemente de regenerarse....

»Al modo del comerciante honrado que ha sido conducido á la quiebra por la incuria ó la mala fe de su socio, es preciso que Francia viva la vida de las privaciones; que no ría, que no baile, que se muestre modesta y paciente; que trabaje el padre, trabaje la madre, trabajen los hijos y trabajen los criados, hasta que haya reconquistado el honor de la casa. Es preciso que cuando el mundo oiga el gran ruido regular y continuo que producirá el trabajo universal, al que pregunte: ¿qué ruido es ese? puedan todos responder: Es Francia que se emancipa y se transforma.

«Tened el valor que os pido esos diez años, y conquistaréis la eternidad.

»¡Eso es muy difícil! ¡El plazo es muy largo! quizás diréis. Es que no tenéis la resolución necesaria para el caso, y preferís cifrarlo todo en las abejas ó el gallo, el águila ó la flor de lis; pues entonces, vendrá el diluvio; os lo anuncio; y á los que estamos en el arca no nos queda otra cosa que hacer que veros nadar y morir.»

Aquí termina la carta de Alejandro Dumas, pero no huelga transcribir las líneas que al pie de ella escribe monsieur F. Passy, que son las siguientes:

«Diez años; Alejandro Dumas pedía diez años, diez años de trabajo, de paz y de unión. Francia ha respondido visiblemente á esa necesidad. Y al ver el provecho que había sacado de este esfuerzo sobre sí misma, la rapidez con que se había erguido, el asombro, mezclado con admiración en unas partes y de celos quizás en otras, que producía el renacimiento de su vitalidad en la agricultura, en la industria; en las artes, en la reconstitución de la fuerza armada, creyó

que diez años habrían sido suficientes. Se ha engañado. Y sin ser pesimista, sin juzgar con excesiva severidad lo contenta consigo misma que se ha mostrado en este período laborioso; sin exagerar el abatimiento en que, bajo varios puntos de vista ha caído, fuerza es reconocer y declarar que la tarea que le imponían los desastres sufridos no ha terminado, y que no está curada de todas sus debilidades, de todos los errores y de todas las ilusiones que prepararon aquéllos.

»No, ni antes ni ahora basta el esfuerzo de diez años; uno incesante y repetido de año en año, de generación en generación, necesita Francia, necesitan todas las naciones infestadas, en mayor ó menor grado, con el veneno del orgullo, del odio, de la violencia y de la utopia, acumulado durante una larga serie de siglos, para purificarse, ilustrarse, consolidarse en el trabajo y en la moralidad. No se trata de una regeneración oficial debida á leyes, reglamentos y circulares, sino de una personal, voluntaria, individual: Alejandro Dumas tenía en esto completa razón: se trata de la regeneración del individuo, del hombre, de la mujer, del niño, penetrados y haciendo penetrar en los demás el sentimiento de su deber para consigo por la responsabilidad directa y para con los demás por la indirecta, que se llama la solidaridad. En esta lucha, que renace constantemente, la tarea nunca termina. Además, abrigo la convicción, y en este punto protesto contra las últimas palabras de Alejandro Dumas, de que si el diluvio ó la tormenta vienen, no hay nadie, cualquiera que sea el arca en que ha creído hallar seguro refugio, que pueda considerarse en salvo; nadie que sea tan insensato y poco celoso de su honra, que pueda decir, haciendo suyos los famosos versos del poeta Lucrecio, que lo único que le toca hacer es mirar desde lo alto de una

torre inaccesible á las olas cómo los náufragos nadan y mueren. En el desencadenamiento de las convulsiones sociales, como de los cataclismos materiales, la amenaza alcanza á todo el mundo, y los más culpables y con más justicia castigados son los que han creído poder sustraerse á ella.

»¡A los diques, todos á los diques! dicen los holandeses cuando parece abrir paso al mar una brecha en ellos. ¡A las bombas, todos á las bombas! dicen pasajeros y tripulantes cuando una vía de agua amenaza al buque. ¡Al fuego, todos al fuego! dicen los vecinos cuando en su barrio estalla un incendio. Y hay que hacer esto, no hoy, ni mañana, ni durante uno ó diez años, sino siempre, todos los días y en todas partes. Así lo reclama la salvación de la sociedad. La seguridad en la tierra como en el reino de los cielos no se obtiene ni se conserva sino mediante el continuo esfuerzo. No son los violentos, como equivocadamente se traduce, sino los enérgicos y los perseverantes los que la merecen.»